

Misión de los Setenta y Dos (Lc. 10, 1-12)

P. Alberto Vivanco Sotelo C.M.F.

«Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante de dos en dos, a todas las ciudades y sitios a donde pensaba ir El, y les dijo: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rueguen, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Vayan, miren que los envió como corderos en medio de lobos. No lleven bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saluden a nadie en el camino. En la casa en que entren, digan primero paz a esta casa y si hubiere allí un hijo de paz, la paz de ustedes reposará sobre él; sino, se volverá a ustedes. Permanezcan en la misma casa, coman y beban lo que les ofrezcan porque el obrero merece su salario. No vayan de casa en casa. En la ciudad en que entren y los reciban coman lo que les pongan; curen a los enfermos que hayan en ella y díganles: El Reino de Dios está cerca de ustedes. En la ciudad en que entren y no les reciban, salgan a sus plazas y digan: Sacudimos sobre ustedes hasta el polvo de su ciudad que se nos ha pegado a los pies. Sepan, de todas maneras, que el Reino de Dios está cerca. Les digo que en aquel día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad».(Lc 10,1-12)

Este evangelio se lee en la liturgia romana el día 18 de octubre, día de San Lucas Evangelista.

El evangelio de Lucas es el único que narra este episodio. Los otros evangelistas también tienen relatos de envío misioneros, pero refiriéndose a los doce.

RESEÑA SOBRE EL AUTOR

El evangelio de Lucas es conocido como el evangelio de la misericordia. Se caracteriza por la delicadeza de Dios para con los sencillos y por el perdón a los pecadores. Desde el comienzo hasta el final el rostro de Dios se manifiesta en Jesús misericordioso. Insistiendo en ello, Lucas invita a los cristianos a que vuelvan con confianza a Dios, y a que vivan un estado de continua conversión.

Compartir la misión ha sido siempre la pedagogía del Padre. Desde los orígenes del mundo bíblico encontramos al Padre asociándose con el Espíritu y valiéndose de hombres y mujeres (Patriarcas,

Profetas o Sabios), después se asocia con su Hijo y éste a su vez, con la comunidad apostólica.

Cristo comparte con la comunidad el sufrimiento de los hombres y de las mujeres, y de manera especial de los pobres, comprometiéndose en un proceso de transformación, de liberación y de salvación, que lo lleva a «bajar» y situarse junto a los marginados y empobrecidos. En su encarnación, Cristo demuestra hasta donde llega su amor por los pobres.

En el comentario alusivo a la misión de los doce (Lc 9, 1-6) se nota que la obra de Jesús se encuentra abierta y se realiza a través de los discípulos, ellos siguen siendo el fundamento de toda la iglesia y su misión, pero junto a ellos Jesús ha escogido a otros muchos «la mies es mucha y los obreros pocos». Nuestro texto alude a setenta y dos, número de plenitud y signo de todos los misioneros posteriores que anunciamos el mensaje del Reino (Lc10. 1-12).

Gráficamente los estudios de misionología nos presentan el siguiente esquema:

LA MISIÓN: Agentes y Destinatarios							
* Protagonista:				Espíritu Santo			
* Primer y único enviado:				Jesús (Lc. 1,39-44 y 4,16)			
* Los comprometidos con la misión somos aprox.:				4.217.572... Distribuidos así:			
Obispos	Sacerdotes	Diáconos Permanentes	Religiosos Profesos, no Sacerdotes	Religiosas	Miembros de Institutos sacerdotales	Misioneros laicos	Catequistas
4.695	405.085	30.097	54.828	782.932	28.766	146.745	2.176.451
Seculares	Vida Religiosa	Destinados de la Misión					
267.334	51.371	600.212.000.000					

Lo que en ellos interesa no es una posible función sino el trabajo misionero que realizan. A través de estos discípulos la misión de Jesús alcanza todas las fronteras de la historia y de la geografía, de la iglesia y de la humanidad, llegando a su plenitud en el tiempo de la siega escatológica. Desde el comienzo de la subida a Jerusalén advertimos que el Maestro no está solo, que camina con los suyos, y que integra la misión de sus discípulos con el itinerario que conduce al Padre.

Del camino de Jesús tenemos que fijarnos explícitamente en algunos de sus rasgos más sobresalientes.

- El punto de partida está en el hecho de que el Reino llega. No es la misión la que origina el Reino, sino todo lo contrario, es el Reino el que suscita misioneros que lo anuncien. Por encima de todas las vacilaciones de los hombres, está la certeza de que Dios salva, es decir, el Reino está llegando.
- El Reino viene como «paz», por eso, los misioneros tenemos que invocar la paz de Dios sobre las casas y lugares donde se llegue. La paz aquí, no es la ausencia de guerra y silenciamiento de fusiles, sino la irrupción y presencia de los bienes mesiánicos, expresado en la práctica de la justicia.

La Palabra de Jesús asegura al misionero la posibilidad de que se escuche su mensaje. Todo el texto presupone que hay familias y ciudades que reciben la llamada sobre el Reino.

El mensaje de Jesús puede generar enfrentamiento. En este caso, la situación de cada parte es diferente: los discípulos se encuentran como ovejas en medio de lobos; carecen de posibilidad de una defensa y no tienen más salida que asumir el camino de Jesús que lleva hasta la muerte. Los perseguidores, por su parte, corren el riesgo de un fracaso escatológico.

Cuando la iglesia está presente en algún lugar por largo tiempo, existe la tendencia a creer que todo el mundo ha tenido la oportunidad de recibir el mensaje del Evangelio y se ha edificado con el testimonio de vida de los misioneros y de la iglesia en general, por tanto existe la tendencia a creer que ya no es necesario continuar allí la misión o que ya no es posible. La dinámica del mismo proyecto nos invita a plantearnos los siguientes interrogantes

- ¿Continuamos con una pastoral de mantenimiento o vamos a otros lugares, donde nuestra presencia sea más urgente?
- ¿Se reinicia un nuevo proyecto, donde ya los agentes externos sean menos protagonis-

ta o continuamos liderando nosotros?

¿Como misioneros estamos seguros de haber compartido con ellos lo que Cristo comparte con nosotros?

Muchos de los que reciben alegremente a los hermanos que les anuncian la Palabra, no se integran a la comunidad cristiana. Pero no por eso se ha perdido el esfuerzo de los misioneros, pues tales personas recordarán ese paso del Señor y vivirán con más fe su vida diaria. En todo caso, siempre habrá algunos a quien el Señor toca el corazón en cada ocasión llegando a ser miembro activo de la iglesia.

«No se detengan a visitar a conocidos», simbólicamente, los misioneros podrían perder el objetivo de la misión si se distraen con amigos que no han escogido el Reino, en este caso que cuenten más bien con la prudencia del Señor que les activará el corazón.

La misión sirve tanto para formar a los misioneros, como para despertar a los que son invitados. Jesús formó a sus discípulos, no solo dándoles charlas, lo que es muy importante, sino enviándolos a misión. Los enviados de Jesús no pretenden sustituir a los médicos, no proclaman la fe como medio de sanación, pues sería como distorsionar el mensaje. Donde hay una comunidad cristiana esta debe atender y visitar a los enfermos, como signo que es la familia de todos y se preocupan por todos. El

amor mostrado por el que visita, alimenta al enfermo, le produce alegría y gratitud y eso lo dispone a una renovación interior.

Lucas ve probablemente en la misión temporal de los setenta y dos discípulos una prefiguración de la misión de la iglesia futura entre los paganos, representada por las setenta y dos naciones. Mateo por su parte reconoce solo doce discípulos (Mt. 10,1-14) y Marcos señala que fueron enviados los doce (Mc. 6,7-12).

Probablemente Lucas encontró en la misión de los setenta y dos, una constatación de cuanto ocurriría en la iglesia que él conocía. No es importante ahora el debatir sobre el número exacto, si son 12, 70 ó 72 los enviados, como se lee en algunos códices, lo importante es entender que la obra de Jesús es abierta.

La misión cristiana es una tarea encomendada a todos los seguidores de Jesús y no sólo a sus propios discípulos. A su realización están llamados los cristianos que deben hacer del anuncio del evangelio la preocupación fundamental de su vida.

Las condiciones para desempeñar adecuadamente esta tarea se mantiene a lo largo del tiempo: un camino de desprendimiento de los propios intereses, capaz de superar todo exclusivismo que quiera mantener la tarea ligada a egoísmos o falsas concepciones ideológicas.

Los discípulos deben ser libres frente a los bienes materiales pero no con una renuncia estoica o como garantía de seguridades falsas de la vida.

MISIÓN COMPARTIDA Y LA DIMENSIÓN «AD GENTES».

Ya en el medioevo (Agustín de Canterbury, Cirilo y Metodio) pero, sobre todo, en el renacimiento (evangelización de China, India, Indonesia y América), la Iglesia realizó proyectos de misión compartida en la evangelización de pueblos no cristianos.

El siglo XIII supuso una nueva apertura misionera hacia oriente. Las cruzadas confrontaron a caballeros y peregrinos cristianos de occidente con los estados musulmanes. Los siglos XV y XVI vieron abrirse la ruta de los mares. Portugueses y españoles descubrieron mundos nuevos con quienes compartieron la misión y en el siglo siguiente, hubo gran declive de la acción misionera católica. En el ejercicio de la misión se manifestaban grandes contradicciones: había quienes intentaban compartir la misión desde la fuerza, la imposición religiosa cultural y política. Otros la quisieron compartir una oferta realizada desde el amor que identifica, que hace próximo, que se inculturiza. En los últimos tiempos se han escritos muchas páginas sobre los modos de compartir la misión desde un acercamiento respetuoso a los pueblos. Protagonistas de ellos han sido sobre to-



dos las comunidades misioneras: Dominicos Mercedarios Agustinos, Jesuitas y Claretianos entre otros. Lo que la Iglesia latinoamericana llamó encuentro de la fe con las culturas (Puebla 400).

MISIÓN COMPARTIDA COMO «DIACONÍA DE LA CARIDAD» Y COMO DIÁLOGO»

La Iglesia ha reconocido desde sus orígenes que su misión no consiste únicamente en anunciar el mensaje de la fe, sino también en compartir otros servicios desde la caridad y ser continuadora de la misión de Jesús en su praxis transformadora, en sus signos del Reino. Han surgido en estos últimos tiempos experiencias muy bellas de organización y promoción humana, donde la Iglesia desde su dimensión misionera comparte, da y recibe, se evangeliza y es evangelizada.

El carácter autosuficiente y ofensivo que frecuentemente adoptó la acción misionera de la Iglesia ha sido superado por un nuevo estilo de misión caracterizado por la actitud de escucha y diálogo. La misión se entiende no como imposición o condena, sino como diálogo en la verdad con aquellos en quienes también actúa el Espíritu de Dios, como son los hombres y mujeres de otras religiones y los no creyentes de buena voluntad. Ante otras religiones, las grandes religiones de Asia, el Islam, las religiones tradicionales de África o las Indoamericanas, la Iglesia, en misión compartida, se pone a la escucha con ánimo de llegar a un descubrimiento más pleno de la verdad, consciente de que el Espíritu mismo llevará a la verdad completa.

MISIÓN COMPARTIDA Y LA CURACIÓN DE LOS ENFERMOS.

Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no solo se deja tocar por los enfermos, sino que comparte y hace suyas sus miserias: El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8,17). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signo de la venida del Reino. Anunciaban una curación más radical, la victoria sobre el pecado, la muerte por su pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal y quitó el pecado del mundo (Jn, 1,29) del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y muerte en

la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento; desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora.

El papa Benedicto XVI, nos dice «El anhelo de felicidad profundamente radicado en el corazón humano, ha sido acompañado desde siempre por el deseo de obtener la liberación de la enfermedad y de entender su sentido cuando se experimenta». Se trata de un fenómeno humano que interesando de una manera u otra a toda persona, encuentra en la iglesia una resonancia particular. En efecto, la enfermedad se entiende como medio de unión con Cristo y de purificación espiritual y, por parte de aquellos que se encuentran ante la persona enferma, como una ocasión para el ejercicio de la caridad. Pero no sólo eso, puesto que la enfermedad como los demás sufrimiento humanos, constituye un momento privilegiado para la oración: sea para pedir la gracia de acoger la enfermedad con fe y aceptación de la voluntad divina, sea para suplicar la curación.

La oración que implora la recuperación de la salud es por lo tanto, una experiencia presente en toda la época de la Iglesia, y naturalmente lo es en el momento actual. Lo que constituye un fenómeno en cierto modo nuevo es la multiplicación de encuentros de oración, unidos a celebraciones litúrgicas, cuya finalidad es obtener de Dios la curación, o mejor las curaciones.

En el Antiguo Testamento Israel experimenta que la enfermedad de una persona misteriosa se vincula al pecado y al mal. Entre los castigos con los cuales Dios amenazaba al pueblo por su infidelidad, encuentran un amplio espacio las enfermedades (Dt 28,21-22.27.29,35). El enfermo que implora de Dios la curación, confiesa que ha sido justamente castigado por sus pecados. (Sal 37; 40). Pero la enfermedad hiere también al justo y el hombre se pregunta el porqué. En el libro de Job este interrogante atraviesa muchas de sus páginas.

La enfermedad, aún teniendo aspectos positivos, como demostración de la fidelidad del justo y como medio para que el pecador se arrepienta y recorra el camino de la conversión, sigue siendo un mal. Por eso el profeta anuncia un tiempo futuro en el cual no habrá desgracias ni invalidez, ni el curso de la vida será truncada por la enfermedad mortal (Is 35,5-6; 65,19-20)

Sin embargo, es en el Nuevo Testamento donde encontramos una respuesta plena a la pregunta del por qué la enfermedad hiere también al justo. En su actividad pública, la relación de Jesús con los enfermos no es esporádica sino constante. El cura a muchos de manera admirable, hasta el punto de que las curaciones milagrosas caracterizan su actividad: «Jesús recorría todas las ciudades y aldeas; enseñando en sus

sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. (Mt 9,35). Las curaciones son signos de su misión mesiánicas (Lu 7,23), en ellas se manifiesta la victoria del Reino de Dios sobre el mal, y se convierten en el signo de la curación del ser humano integral. Sirven además, para demostrar que Jesús tiene el poder para perdonar los pecados (Mc 2,1-12).

No solamente las curaciones prodigiosas confirman la potencia del anuncio evangélico en los tiempos apostólicos, sino que el mismo Nuevo Testamento hace referencia a la concesión de poder hecha por Jesús a los apóstoles y a otros primeros evangelizadores para curar las enfermedades. Así, en el envío de los doce a su primera misión, según Mt y Lc, el Señor les concede poder sobre los espíritus inmundos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia (Mt 10,1; Lc 9,1) También en la misión de los setenta y dos discípulos, la orden del Señor es curar a los enfermos que se encuentren (Lc 10,9) El poder por tanto viene conferido dentro del contexto Misionero, no para exaltar sus personas sino para confirmar la misión.

Aunque la muerte se considere inminente, los cuidados ordinarios debidos a una persona, no pueden ser interrumpidos. El uso de analgésicos para aliviar los sufrimientos del moribundo, incluso con riesgo de abreviar sus días, pueden ser



moralmente conforme a la dignidad humana si la muerte no es pretendida, ni como fin ni como medio sino solamente prevista y tolerada como inevitable. Los cuidados paliativos constituyen una forma privilegiada de compartir la caridad desinteresada. Por esta razón deben ser alentadas.

Nuestra naturaleza enferma exige ser sanada, restablecida y resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacia falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro, esclavos, un liberador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No pretendían conmovir a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado?

Al liberar a algunos hombres de los malos terrenos del hambre, de la injusticia, de la enfermedad, de la muerte, Jesús comparte con nosotros algunos signos mesiánicos, no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo, sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado, que es el obstáculo en su vocación de hijo de Dios y causa de toda su servidumbre humana.

MISIÓN COMPARTIDA Y SUS DIFICULTADES: LA VIDA EN EL SENO DE LAS COMUNIDADES.

En los primeros capítulos de los hechos hay tres ejemplos de cómo era la vida en el seno de las comunidades cristianas. (Hch 2, 42-46; 4, 32-37 y 5, 12-16). Leyéndolos puede dar la impresión de que todo en ellas era fácil y armonioso. Sin embargo, otros textos hablan también de conflictos y tensiones, que vienen tanto de afuera como de dentro.

- Persecuciones; Hec 4, 1-2; 7 54-8,3.
- Divisiones; Hch 15, 1-2 y 36-41; Gal 2, 11-14.

La vida de aquellos primeros cristianos no estuvo exenta de dificultades y sin embargo, lo que leemos en estos versículos de hechos es fundamentalmente verdad.

El cristiano por definición es llamado a dar testimonio de Cristo.

Es una tarea nada fácil. Es necesario que realicemos nuestra misión de anunciadores del evangelio con coraje y determinación, aún en medio de las incomprensiones, obstáculos y fracasos. Sabemos que podemos contar en todo momento con la presencia del Señor, quien nos invita frecuentemente a no tener miedo.

El miedo nace del instinto de conservación de la vida y del deseo de permanecer en una seguridad, que antes se ha disfrutado. Lo malo es cuando nos paraliza y nos avasalla, impidiendo actuar serenamente.

Existe un miedo ilegítimo, que nace del deseo desenfrenado de seguridad. Y buscamos refugio en estructuras sociales o religiosas. Y buscamos brazos poderosos para que nos proteja. Por eso, la seguridad muchas veces es evasión, huida, miedo a tomar decisiones y responsabilidades.

El cristiano, al expresar su temor ante los peligros de este mundo, expresa también su confianza ante Dios. La verdadera actitud no es la seguridad, sino la fe, la confianza, la lucha contra la duda, la superación de la indecisión.

No hay que tener miedo a la persecución, como lo hizo el profeta Jeremías (Jr 20, 10-13) la persecución ha acompañado a los que se han decidido seguir a Jesús. Y sigue siendo de suma actualidad. Impresiona ver el número de már-

tires que dan hoy su vida por la causa del evangelio. Hay cristianos capaces de decir desde las azoteas, verdades que duelen, que les provocan peligros para su vida, pero que no pueden decírlas al oído.

Hay que ponerse de parte de Dios para que El se ponga de parte nuestra. Nos ponemos de su parte cuando tomamos partido por la paz, la honradez, la justicia el progreso y luchamos por un cambio social, comunitario y cristiano, cuando mentalizamos de evangelio nuestro hogar y nuestras comunidades

No podemos negar al Señor. Hay que vivir abiertamente las exigencias de nuestra fe, manifestando la importancia de Dios en nuestras vidas, siendo justos y honestos aunque haya mucha corrupción a nuestro alrededor, viviendo las exigencias del amor y afirmando con nuestras vidas que hay valores mucho más serios que los del consumo.

MISIÓN COMPARTIDA Y LO QUE NO HAY QUE LLEVAR.

El misionero necesita estudiar mucho, conocer a profundidad la Eclesiología, la Antropología, la Teología y fundamentalmente mantenerse al día en el conocimiento de la Palabra de Dios. Necesita mucho conocimiento para hablar, enseñar, predicar y ponerse en diálogo de igual a igual con el mundo y sus culturas contemporáneas. (GS No 1). Quien

«conoce amorosamente a Jesucristo sumo y eterno sacerdote, poderoso en obras y palabras, conservará el amor a su ministerio, lo aumentará, y vivirá alegremente su consagración misionera.» (RM 90-91)

El misionero es el hombre que tiene que escoger entre dos cosas: llenar su vida de cachivaches o llenarse de Jesucristo. Se llena de cachivaches cuando no piensa sino en como conseguir cosas temporales. En el caso particular de nosotros los sacerdotes, encontraremos a más de uno que desde el primer año están empeñados en como conseguir cosas, primero un buen equipo de sonido, después un televisor de 24 pulgadas, después el carro y así sucesivamente. Hay quienes son genios para conseguir y llenar su vida de cosas, de basura, pero nada de esto lo podemos llevar a la misión, al contrario son obstáculo para la disponibilidad misionera, «el que mucho posee es poseído». En cambio el que llena su vida de Cristo no tiene afán de conseguir cosas, sino la que necesita para su apostolado y claro está, las que necesite para vivir dignamente, pero sin apego a ellas: «quien no separará del amor de Cristo». San Mateo en las parábolas del tesoro escondido y del mercader (Mt 13),

dice que las personas venden todo lo que tienen para hacerse a ese gran tesoro que es Cristo.

CONCLUSIONES:

- La única posibilidad de extender el Reino de Dios, es compartiendo las experiencias del Dios a partir del mandato misionero de Cristo. (Mt 28,16).
- Los misioneros debemos compartir con el pueblo de Dios, lo que Cristo ha compartido con nosotros «el Amor» (Juan 15,9-17). El conocimiento de Dios Padre. (Juan 14, 8-9).
- El Concilio Vaticano II en el documento (GS 1) nos dice que «los gozos, la tristeza y esperanzas de los hombres de hoy deben ser los gozos, tristezas y esperanzas de la Iglesia».
- San Lucas, en el texto que estamos trabajando, nos invita a compartir también la oración por las vocaciones, ya que hay tantos lugares carentes del testimonio misionero (Lc 10,2)
- También Lucas nos invita a compartir los peligros que encarna la acción misionera. «Los envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10,3)